paramos con aquellos que nos proporciona el amor de nuestra santa Madre. En el tiempo de la tribulación, no olvidemos que los padecimientos que recibimos con humildad y acción de gracias, son el camino que nos lleva á las eternas recompensas; que estamos en el valle de las lágrimas donde el amor de María nos ha de consolar.

¡Oh santa Madre, hermosísima y perfecta sobre todas las criaturas! tomad en vuestras manos el corazón que os ofrecemos; es todo vuestro; encended en él los más ardientes deseos de vuestro amor. ¿Por qué habíamos de entregarlo al mundo ó á las pasiones, cuando sólo Vos después de Dios sois digna de poseerlo? Y Vos lo entregaréis á vuestro Hijo que lo ha criado para gloria suya.

Si se entibian los deseos que tenemos de amaros, reprendednos, dulcísima Señora, y avivadlos más y más hasta llegar á poseeros en el cielo; allí tendrán que descansar y estrecharán vuestros pies con un eterno abrazo.





CAPÍTULO IV

¡Es tan hermosa!

rada la van siguiendo á todas partes; y si llega á ocultarse, exclaman con un grito de dolor: ¡Ay la buscamos, mas no la hallamos! Y es que aquella hermosura encantadora, una vez vista no puede olvidarse, ni otra alguna puede sustituirla.

Antes de tratar la materia del presente capítulo, recordemos estas palabras del Eclesiástico: Para glorificar á Dios, ¿qué es lo que valemos nosotros? Siendo El omnipotente es superior á todas sus obras. Es terrible y grande sobre manera, y su poder es admirable. Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que todavía quedará superior á vuestras alabanzas; siendo como es prodigiosa su magnificencia. Bendecidle, ensal-

zadle cuanto podais; porque es superior á toda alabanza. Para ensalzarle recoged todas vuestras fuerzas y no os canséis, que nunca llegaréis al término (1). Nada son nuestras alabanzas para glorificar al Señor; así se nos ha dicho y así lo confesamos; más quien nos humilla haciéndonos conocer nuestra miseria, dícenos también, que hagamos cuanto esté de nuestra parte á fin de darle toda la gloria que podamos: esto nos sostiene y nos llena de confianza; démosle, por lo mismo, bendición y gloria por la hermosura y las santas perfecciones con que quiso enriquecer á la Virgen santísima nuestra Señora.

Dios derramó en su preciosa Niña todos los tesoros de la gracia, haciéndola brillar con una hermosura incomparable. Tal fué la voluntad divina, buena, agradable y perfecta. ¡Cuánto debemos á Dios nuestro Señor por esta su santa voluntad! Esas gracias que el Señor se dignó conceder á María obligan enteramente nuestra gratitud con su Majestad; porque no es María para nosotros un sér indiferente, es nuestra Madre querida, hermana incomparable, la fuente de todos nuestros bienes, y después de Jesucristo todo nuestro amor. La gloria de María es nuestra gloria; y al verla tan amada del Señor y enriquecida de dones celestiales, nuestro corazón rebosa de contento, y su dicha es nuestra pro-

pia dicha. Bendito sea el Señor en esta obra maravillosa de sus manos; bendita sea la magnificencia de su gloria. Después de esto contemplamos un instante á nuestra dulce Madre, y le decimos: Bendita seais mil veces dichosísima criatura, á quien Dios ha hecho tan hermosa y santa, tan pura y amable.

En los Cantares habla el Esposo á su Amada en estos términos: ¡Qué hermosa eres amiga mía, que hermosa eres! Son tus ojos como de paloma, además de tu belleza interior..... Son tus labios como cinta de grana, y son tus mejillas color de granada, de púrpura y carmín..... Toda eres hermosa y en tí no hay defecto alguno..... Son tus labios un panal que destila miel.

¡Cuán profundos son los misterios que se encierran en tan hermosas expresiones! Desde luego tenemos que siendo interior la principal gloria de María, las palabras que nos hablan de sus perfecciones corporales, nos revelan la incomparable y celestial belleza de su alma; y son el reflejo de la luz purísima y de los encantos, que escapándose á las miradas de los hombres, están patentes á los ojos de Dios: ¿qué extraño es, por lo mismo que el Señor tenga sus divinas complacencias en esta obra primorosa de sus manos, y que exclame como fuera de sí mismo: ¡Heriste mi corazón Esposa muy querida, heriste mi corazón con sola una mirada, con una trenza de tu hermoso cuello!

⁽¹⁾ XLIII, 30-34.

Son de paloma torcaz los ojos de Maria. ¡Qué miradas tan llenas de modestia, de pureza y de dulzura las de esta santa Niña! Dichosos seriamos mil veces si pudiéramos robarle siquiera una; desfalleceríamos sin duda, de amor. La luz más apacible, y la benignidad, y el amor de la más tierna de todas las madres vendrían á consolarnos, produciendo en nuestras almas una transformación desconocida: antes el mundo cautivaba nuestro corazón, y eran de carne y sangre nuestros sentimientos; y olvidados casi siempre de los bienes celestiales, buscabamos con insensato afán las delicias de la tierra; mas la Madre de Dios ha iluminado nuestras almas, y hemos contemplado una hermosura perfectisima, y llena de santidad y de pureza, y de un atractivo incomprensible; y hemos tenido que exclamar: ¡Ay de nosotros! Hasta hoy sólo hemos amado la vanidad, y buscado la mentira; dimos á las tinieblas el nombre de la luz; y en los miserables bienes de la tierra hemos colocado nuestra dicha; y esos bienes pasan como una sombra y nos dejan con las manos vacías.

Las miradas de María llenas están de pureza y de modestia: ¿dejarían de arrebatar nuestro cariño, ó de elevar nuestros sentimientos hasta Dios?

Proviene la pureza de que hablamos de la presencia continua de Dios nuestro Señor que conservaba la Virgen santísima: llena de Dios, según la expresión de san León y san Bernardo; penetrada de la luz de la pureza divina, aquellas miradas eran santísimas y brillaban siempre con el resplandor de la gracia. Aún hay más: preservada la Madre de Dios de toda mancha y del más ligero defecto, vivía en una atmósfera donde todo era sublime y agradable á los divinos ojos. En todas partes y en todos los objetos, María no contemplaba sino la santidad de Dios, y su hermosura perfecta, y su amabilidad encantadora. Siendo esto así, el Amador de toda pureza, ¿dejaría de complacerse en las inocentísimas miradas de su preciosa Niña? y de tal complacencia, proceden aquellas palabras: Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa muy querida..... Hermana, Esposa, por la conformidad admirable y santísima que reina hasta donde es posible entre Dios nuestro Señor y la más perfecta de todas sus criaturas.

Para los que son puros todas las cosas son puras (1); y ¿quién tan pura como la Madre de Dios entre todas las obras del Señor? Preservada de la culpa, criada en la inocencia original y enriquecida con todos los dones de la gracia, se levantaba por su santidad incomparable hasta el trono de Dios; no eran, por lo mismo, los ojos de esta Niña sino fuentes de luz y de gracia, é inagotables manantiales de toda pureza.

⁽¹⁾ Tit. 1, 15.

Las miradas de María llenas estaban de pudor y recato virginal. La majestad de Dios y su santidad infinita, eran el origen en nuestra santa Madre de aquel continente virtuosísimo que prestaba á su semblante un atractivo celestial. ¡Oh, quién la hubiera contemplado siquiera un momento! Llenos de veneración hubieramos caído á sus pies, y nuestro pecho habría rebosado de amor y de delicias.

Cual cinta de púrpura y carmín, así eran los labios de la Madre purísima de Dios, de los cuales salían palabras de divino amor y una dulzura incomparable; ni podía hablar de otra manera la Virgen sacratísima; porque la lengua revela lo que guarda el corazón; y el de nuestra Madre querida lleno estaba de amor de Dios y del prójimo. ¿Quién no recuerda aquel fiat divino que pronunció para dar gloria á Dios y obtener la salvación de los hombres? El amor á su Dios venció, si así podemos decirlo, su profunda humildad á fin de ser levantada á una grandeza incomprensible, la de Madre de Dios. María que le amaba con tan ardiente cariño ¿resistiría siquiera un instante à la voluntad del Señor? La salvación de los hombres estaba pendiente de la respuesta de la santa Niña; su amor á los hombres le pedía que contestase favorablemente, y así lo hizo.

El cántico divino que pronunciaron sus labios en las montañas de Judea, no es sino la explosión de su amor sagrado, de su gratitud á Dios nuestro Señor; y la súplica que dirigió á su santísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo en las bodas de Caná, nos revela su solicitud amorosísima á favor de los hombres.

Si María se digna dirigirnos una sola palabra quedaremos como transformados en su amor y llenos de un gozo indecible; y al oirla le diremos: No nos hable Moisés, ni tampoco nos hablen los profetas; sino habladnos Vos, Señora, que sois la Madre de la Eterna Palabra de Dios. Al oir á María seremos muy dichosos, porque Ella misma nos dice: Oh hijos míos, escuchadme: Bienaventurados los que siguen mis caminos. Oíd mis documentos, y sed sabios, y no querais desecharlos. Bienaventurado el hombre que me escucha (1).

Oímos provechosamente las palabras de María si seguimos sus caminos; recibimos sus documentos si ponemos en práctica lo que en ellos se nos manda; si velamos continuamente á las puertas de su casa; si estamos de observación en sus umbrales; porque entonces la hallaremos, y con Ella hallaremos la vida y obtendremos del Señor la salvación eterna.

Las palabras de la divina Madre están llenas de santa caridad; no quiere sino nuestro bien: ¿cómo no escucharlas con la humildad más pro-

⁽¹⁾ Prov. VIII, 32-34.

funda y llenos de reconocimiento y gratitud? entran hasta el fondo del alma y la hacen rebosar en celestiales delicias. Esas palabras son más preciosas que el oro y la plata y más dulces que la miel para nuestros labios.

Oigamos todavía como nos habla esta Madre amorosísima que tanto desea nuestra felicidad: Justos son todos mis discursos; no hay en ellos cosa torcida ni perversa..... Recibid mis instrucciones, con mayor gusto que si recibieceis dinero: anteponed al oro la ciencia; puesto que vale más la sabiduría que todas las joyas preciosísimas y nada de cuanto puede apetecerse es comparable con ella (1).

¿Dejaremos de seguir las instrucciones de María, sus santísimos consejos, sus palabras de vida? Semejante conducta nos pondría en cierta manera en contra de esta santa Madre que también ha dicho: Quién pecare contra Mí dañará su propia alma. Aman la muerte los que me aborrecen.

Amemos la vida y no la muerte; escuchemos con rendida humildad las palabras de María. Llenas de una ciencia sublime, dirigidas al bien de nuestras almas, y calentadas, por decirlo así, con el amor de la más tierna y compasiva Madre, si llegásemos á despreciarlas seríamos unos necios, y muy ingratos con aquella santísima

Señora de quién recibimos tantos beneficios. Mas no ha de ser así, sino al contrario; y levantando los ojos á María, le rogaremos que Ella misma las grabe con caracteres indelebles en nuestro corazón á fin de meditarlas santa y deliciosamente; y en el brazo para que sean la regla de nuestras acciones.

Oiremos las palabras de María; y al oirlas rebosará de dicha el corazón; y nuestro amor á Ella avivará sus llamas. Es nuestro encanto, y después de Dios todo nuestro bien; por esto al descubrir en las santísimas palabras que se digna dirigirnos, el interés tan vivo que tiene por nosotros, nos sentimos muy felices y tenemos que enviarle un suspiro de amor. Si nadie nos ama como Ella, excepto Jesucristo: á nadie debemos amar como á esta santísima Señora, después de Dios.

Si en las palabras que María nos dirige rebosa tanta dulzura, ¿quién podrá decirnos cuánta es la que atesoran aquellas que dirige á Dios nuestro Señor: á su Padre, á su Hijo y á su Esposo divino? Por esto son tan agradables al Eterno, que le dice así: Suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce. Oigamos siquiera un instante, esta voz dulcísima: Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos..... Yo soy toda de mi Amado, y mi Amado es todo mío, el cual se recrea entre azucenas.—¡Qué palabras tan llenas de amor y de

⁽¹⁾ Prov. VIII, 8, 10, 11.

dulzura! María no puede vivir sin su Dios, y le ha consagrado cuanto tiene. Es toda de su Amado: ¿Su Amado que puede pedirle que uo sea suyo? Y las palabras de María encierran toda verdad; por esto Dios las escucha con tanta dulzura, y le dice con inmenso amor: Suene tu voz en mis oídos.

¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! A tan dulces palabras María tenía que contestar y lo hizo diciendo: Tú eres el hermoso Amado mío; Tú eres el hermoso. ¿Con qué divina complacencia oiría el Señor tan ardientes expresiones salidas de los labios de aquella incomparable y celestial criatura á quien llamaba su amiga, su Esposa, su hermana, y su única paloma, perfectísima, y la preferida de su amor?

Oiga María, ya que es benignísima y que llena está de misericordia para con nosotros, la humilde voz de sus hijos: ¡Qué hermosa eres, Niña de Dios, qué hermosa eres! Fuiste concebida sin la mancha original y llena de gracia y de virtud desde el primer instante de tu sér. Concebiste en tus entrañas al Unigénito de Dios y eres su Madre verdadera, inmaculada y santa. Tu Hijo Jesucristo es nuestro hermano; y Tú, sacratísima Señora, eres nuestra Madre. ¡Quién te amase con un corazón de serafín, y tuviera en tu seno sus delicias! Sería incomparable nuestra dicha si muriesemos rendidos á tus pies, y contemplando tu rostro amabilísimo, y oyen-

do de tus labios palabras de consuelo, de gracia y de perdón.

¡Oh Niña amabilísima! Tus ojos son de paloma; tus mejillas sonrosadas y llenas de hermosura, y son tus labios cual cinta de grana; ábrelos, oh Madre de clemencia, delante del Señor rogando por nosotros; y salgan de esos labios palabras de amor y de dulzura que hagan descender sobre nosotros, cual lluvia fecundante, las misericordias del Eterno.

¡Oh, hermosísima entre todas las criaturas, ruega por nosotros!

